

DIANA WYNNE JONES

EL CASTILLO EN EL AIRE

Traducción del inglés

I. C. Salabert

 NOCTURNA
EDICIONES

Título original inglés: *Castle in the Air*

© de la obra: Diana Wynne Jones, 1990

© de la traducción: Irina C. Salabert, 2018

© de los detalles que acompañan el texto: Lehanan Aida, 2018

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: noviembre de 2018

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB

ISBN: 978-84-16858-79-8

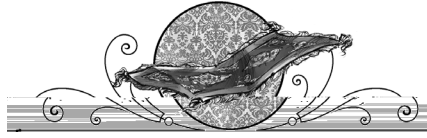
Depósito Legal: M-33824-2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para Francesca



DL



Capítulo 1

En el que Abdullah compra una alfombra

Muy al sur del país de Ingary, en los sultanatos de Rashpuht, un joven mercader de alfombras llamado Abdullah vivía en la ciudad de Zanzib. Como mercader no era rico. Su padre lo había considerado una decepción y, a su muerte, sólo le había dejado el dinero suficiente para comprar y abastecer un humilde puesto en la esquina noroeste del bazar. El resto del dinero, así como el enorme emporio de alfombras en el centro del bazar, había ido a parar a los parientes de la primera mujer de su padre.

A Abdullah jamás le habían explicado por qué le había decepcionado. Tenía algo que ver con una profecía hecha el día de su nacimiento. Pero nunca se había molestado en averiguar más. En lugar de ello, desde una edad muy temprana, se había limitado a fantasear al respecto. En sus ensoñaciones era el hijo perdido de un gran príncipe, lo que significaba, por supuesto, que su padre no era en realidad su padre. Eso eran castillos en el aire y Abdullah lo

sabía. Todo el mundo le decía que había heredado su aspecto. Cuando se miraba al espejo, veía a un joven decididamente bien parecido, de rostro un tanto delgado y aguileño, y sabía que era la viva imagen del retrato de su padre de joven..., salvo por el hecho de que su padre llevaba un ostentoso mostacho, mientras que Abdullah aún seguía juntando los seis pelos que le crecían sobre el labio superior con la esperanza de que se multiplicaran pronto.

Por desgracia, como también opinaba todo el mundo, Abdullah había heredado el carácter de su madre, la segunda mujer de su padre. Ella había sido una persona soñadora y temerosa, y una gran decepción para todos. Eso a él no le molestaba particularmente. La vida de un mercader ofrece pocas oportunidades para la valentía y él estaba, por lo general, satisfecho con la suya. El puesto que había comprado, aunque pequeño, había resultado estar bastante bien situado. No quedaba lejos del barrio oeste, donde la gente acaudalada residía en sus grandes casas, rodeadas de hermosos jardines. Mejor aún: era la primera zona del bazar a la que los alfombreros llegaban cuando entraban en Zanzib desde el desierto hacia el norte. Tanto la gente acaudalada como los alfombreros solían buscar las tiendas más grandes en el centro del bazar, pero una cantidad sorprendentemente grande de ellos estaba dispuesta a detenerse ante el puesto de un joven mercader de alfombras cuando dicho joven mercader se apresuraba a interponerse en su camino para ofrecerles gangas y descuentos en un alarde de abundante cortesía.

Así, Abdullah era a menudo capaz de comprar las alfombras de mejor calidad antes de que nadie más las viera y de venderlas

obteniendo beneficios. En el intervalo entre la compra y la venta, podía sentarse en su puesto y continuar fantaseando, cosa que a él le resultaba de lo más conveniente. De hecho, la casi única molestia de su vida provenía de los parientes de la primera mujer de su padre, que se dedicaban a visitarlo una vez al mes con la intención de señalarle sus fracasos.

—¡Pero si no estás ahorrando nada de lo que ganas! —exclamó el hijo del hermano de la primera mujer de su padre, Hakim (al que Abdullah detestaba), un fatídico día.

Abdullah le explicó que, cuando obtenía beneficios, acostumbraba a usar el dinero para comprar una alfombra mejor. De ese modo, aunque todo su dinero quedaba entonces ligado a las existencias, cada vez disponía de mejor inventario. Ya tenía lo suficiente para vivir. Y, como les dijo a los parientes de su padre, no necesitaba más, dado que no se había casado.

—¡Bueno, es que deberías haberte casado! —gritó la hermana de la primera mujer de su padre, Fatima (a la que Abdullah detestaba todavía más)—. Lo dije una vez y lo repetiré: ¡un joven como tú debería tener dos mujeres como mínimo a estas alturas! —Y no contenta con decirlo sin más, Fatima declaró que en esa ocasión ella misma iba a buscarle mujeres, una oferta que hizo que Abdullah temblara de los pies a la cabeza.

—Y cuanto más valiosas sean tus existencias, más probable es que te roben y más perderás si tu puesto se incendia... ¿Te has parado a pensarlo? —le regañó el hijo del tío de la primera mujer de su padre, Assif (un hombre al que Abdullah odiaba más que a los dos primeros juntos).

Le aseguró a Assif que siempre dormía dentro del puesto y tenía mucho cuidado con las lámparas. Ante esto, los tres parientes de la primera mujer de su padre sacudieron la cabeza, chasquearon la lengua con desaprobación y se marcharon. Eso por lo general significaba que lo dejarían en paz durante un mes. Abdullah suspiró con alivio y se sumergió de nuevo en una de sus ensoñaciones.

Esta se había vuelto enormemente detallada para entonces. En ella, Abdullah era el hijo de un poderoso príncipe que vivía al este, tan lejos que en Zanzib se desconocía su país. Pero, cuando contaba dos años, a Abdullah lo había secuestrado un malvado bandido llamado Kabul Aqba. Kabul Aqba tenía una nariz gan chuda como el pico de un buitre y de una de sus alas nasales colgaba un aro de oro. Llevaba una pistola con la culata engarzada de plata, que usó para amenazar a Abdullah, y en su turbante destacaba un heliotropo que parecía dotarle de un poder sobrehumano. Abdullah tenía tanto miedo que huyó por el desierto, donde lo encontró el hombre al que ahora consideraba su padre. La ensoñación no tenía en cuenta que el padre de Abdullah jamás se había adentrado en el desierto; de hecho, con frecuencia se le había oído decir que cualquiera que se aventurase a salir más allá de Zanzib debía de estar loco. No obstante, Abdullah podía imaginarse cada espantoso palmo del viaje que había hecho, reseco, sediento y con los pies doloridos, hasta que el buen mercader de alfombras lo encontró. Asimismo, se imaginaba con sumo detalle el palacio del que lo habían secuestrado: la sala del trono con pilares y suelos de un verde púrpura, los aposentos de las mujeres y

las cocinas, todo del máximo esplendor. En el tejado había siete cúpulas, todas y cada una de ellas recubiertas de oro batido.

Últimamente, sin embargo, la ensoñación se concentraba en la princesa con la que Abdullah llevaba prometido desde su nacimiento. Era de tan alta cuna como él y en su ausencia se había convertido en una verdadera belleza de facciones perfectas y ojos grandes, húmedos y oscuros. Vivía en un palacio tan suntuoso como el de Abdullah. Se accedía por una avenida flanqueada por estatuas angelicales y luego a través de siete patios de mármol, cada cual con una fuente en el centro más hermosa que la anterior, partiendo de una labrada en peridoto hasta otra de platino salpicado de esmeraldas.

Pero ese día Abdullah descubrió que la distribución no acababa de satisfacerle. A menudo se sentía así después de que lo visitaran los parientes de la primera mujer de su padre. Se le ocurrió que un buen palacio debería tener unos jardines magníficos. A Abdullah le encantaban los jardines, aunque sabía muy poco de ellos. Casi toda su experiencia derivaba de los parques públicos de Zanzib —donde el césped estaba algo pisoteado y las flores escaseaban— en los que a veces pasaba la hora del almuerzo cuando podía permitirse pagar a Jamal el tuerto para que vigilase su puesto. Jamal tenía un tenderete de frituras contiguo al suyo y, a cambio de más o menos una moneda, dejaba atado a su perro en la parte frontal del puesto de Abdullah. Él era consciente de que eso no le capacitaba para inventarse un jardín como es debido, pero, como cualquier cosa era mejor que pensar en las dos mujeres que Fatima fuera a escoger para él, se dejó vagar por las frondas

ondulantes y los senderos perfumados de los jardines de su princesa.

O casi. Porque, antes de que hubiera empezado en condiciones, lo interrumpió un hombre alto y sucio con una alfombra gastada entre los brazos.

—¿Compras alfombras para venderlas, hijo de una grandiosa casa? —preguntó el extraño con una breve reverencia.

Para alguien que intentaba vender una alfombra en Zanzib, donde los compradores y los vendedores siempre se trataban de la manera más formal y florida posible, los modales de ese hombre eran sorprendentemente rudos. Abdullah estaba molesto, en cualquier caso, porque su jardín soñado se había desintegrado ante la intrusión de la vida real.

—Así es, oh rey del desierto —contestó secamente—. ¿Deseas negociar con este miserable mercader?

—Negociar, no; vender, oh dueño de un montón de felpudos —le corrigió el extraño.

«¡Felpudos!», pensó Abdullah. Aquello era un insulto. Una de las alfombras allí expuestas era excepcional, una floreada de nudo procedente de Ingary —u Ochinstan, como se llamaba ese país en Zanzib—, y dentro como mínimo había dos, de Inhico y Farqtan, que ni el mismísimo sultán hubiera relegado a una de las estancias pequeñas de su palacio. Pero, por supuesto, Abdullah no podía decir tal cosa. Los modales de Zanzib no permitían que uno se alabara a sí mismo. En vez de eso, le ofreció una fría reverencia superficial.

—Es posible que mi establecimiento, escaso y mísero, te proporcione lo que buscas, oh perla entre los nómadas —dijo, y al

mismo tiempo echó una mirada crítica a la túnica sucia del desierto que llevaba el extraño, al pendiente oxidado de su nariz y a los andrajos que le tapaban la cabeza.

—Es peor que mísero, gran vendedor de cubresuelos —coincidió el extraño. Agitó un extremo de su gastada alfombra en dirección a Jamal, que en ese momento estaba friendo calamares entre azuladas nubes de humo con olor a pescado—. ¿Acaso la honorable actividad de tu vecino no interfiere con tus bienes, ni siquiera con el duradero olor a pulpo?

Abdullah bullía de rabia hasta tal punto que se obligó a restregarse las manos con un gesto servil para disimularlo. Se suponía que la gente no cornentaba esa clase de cosas. Y un leve olor a calamares incluso podría mejorar eso que el hombre quería vender, pensó mientras ojeaba el tapete anodino y deshilachado que se hallaba en sus brazos.

—Este humilde servidor se ocupa de fumigar el interior de su puesto con abundantes perfumes, oh príncipe de la sabiduría —respondió—. ¿Sería posible que la heroica sensibilidad de la nariz del príncipe permitiera, pese a todo, que este miserable vendedor le mostrara su mercancía?

—Por supuesto que sí, oh lirio entre escombros —replicó el extraño—. ¿Por qué si no iba a seguir aquí?

Abdullah recorrió las cortinas a regañadientes y dejó pasar al hombre dentro del puesto. Allí encendió la lámpara que colgaba del poste central, pero, en cuanto hubo olisqueado, decidió que no iba a malgastar incienso con ese visitante. El interior ya desprendía un olor lo bastante intenso por las fragancias del día anterior.

—¿Qué magnificencia vas a desplegar ante mis indignos ojos?
—preguntó con tono dubitativo.

—¡Esta, comprador de gangas! —Con una ágil sacudida de un brazo, el hombre hizo que la alfombra se desplegara por el suelo.

Abdullah también sabía hacer eso. Un mercader de alfombras aprendía ese tipo de cosas. No estaba impresionado. Metió las manos en las mangas con una actitud remilgadamente servil e inspeccionó la mercancía. La alfombra no era grande. Al desplegarse se veía aún más deslucida de lo que pensaba, aunque el estampado era inusual... o lo habría sido si la mayor parte no se hubiera desgastado. Lo que quedaba estaba sucio y con los bordes raídos.

—Ay, este pobre vendedor sólo puede ofrecer tres monedas de cobre por la más ornamental de las alfombras —observó—. Tal es el límite de mi exiguo monedero. Son tiempos difíciles, oh capitán de muchos camellos. ¿Es aceptable el precio, en todo caso?

—Aceptaré QUINIENAS —dijo el extraño.

—¿Qué?

—Monedas de ORO.

—Al rey de todos los bandidos del desierto sin duda le agrada bromear —replicó Abdullah—. ¿O tal vez, al haber descubierto que mi puesto carece de todo, menos del olor a calamares fritos, desea marcharse y probar suerte con otro mercader más rico?

—No especialmente —contestó el extraño—. Aunque me marcharé si no te interesa, oh vecino de los arenques ahumados. Es, por descontado, una alfombra mágica.

Abdullah ya había oído eso antes. Se inclinó sobre sus manos cubiertas.

—Muchas y muy diversas son las virtudes atribuidas a las alfombras —asintió—. ¿Cuál de ellas le adjudica a esta el poeta de las arenas? ¿Da la bienvenida a un hombre a su tienda? ¿Trae paz al hogar? ¿O quizá —dio unos golpecitos insinuantes con el dedo en el borde raído— se dice que nunca se desgasta?

—Vuela —aclaró el extraño—. Vuela adondequiera que le ordene su dueño, oh mente pequeña entre las diminutas.

Abdullah alzó la vista a la cara sombría del hombre, donde el desierto había asentado arrugas profundas a lo largo de cada mejilla. Su mueca de desdén las pronunciaba todavía más. Abdullah constató que el visitante le desagradaba casi tanto como el hijo del tío de la primera mujer de su padre.

—Debes convencer a este descreído —dijo—. Si la alfombra se somete a una prueba, oh monarca de la mendacidad, puede que lleguemos a un acuerdo.

—Con mucho gusto —accedió el hombre, y se colocó con un paso sobre la alfombra.

En ese instante se produjo uno de los contratiempos habituales en el tenderete de al lado. Probablemente unos críos callejeros hubieran tratado de robar algunos calamares. Fuera como fuese, el perro de Jamal prorrumpió en ladridos y varias personas, Jamal incluido, empezaron a gritar, si bien ambos sonidos fueron casi ahogados por el estrépito de las cacerolas y el chisporroteo de la grasa caliente.

Los engaños eran un estilo de vida en Zanzib. Abdullah no permitió que su atención se desviara ni por un segundo del extraño

y su alfombra. Era bastante posible que el hombre hubiese sobornado a Jamal para que causara una distracción. Había mencionado a Jamal con frecuencia, como si lo tuviera en mente. Abdullah mantuvo la vista clavada con severidad en la alta figura del desconocido y, en particular, en los pies sucios que había plantado en la alfombra. Pero sí se permitió atisbar por el rabllo del ojo el rostro del hombre, cuyos labios se movieron. Sus oídos aguzados incluso captaron las palabras «medio metro arriba» pese al escándalo que llegaba de fuera. Y miró con aún más detenimiento cuando la alfombra se elevó del suelo con suavidad y quedó suspendida a la altura de sus rodillas, de manera que el tocado del extraño no llegaba a tocar el techo del puesto. Abdullah buscó barras por debajo. Inspeccionó por arriba en busca de cables que se hubieran enganchado con destreza en el techo. Agarró la lámpara y la inclinó un poco, de modo que la luz diera sobre y bajo la alfombra.

El extraño permaneció de brazos cruzados y con la mueca de desdén grabada en la cara mientras realizaba las comprobaciones.

—¿Lo ves? —exclamó—. ¿Ha quedado ya convencido el más desesperado de los incrédulos? ¿Me mantengo levantado en el aire o no? —Tuvo que gritar bastante. El ruido de fuera seguía atornando.

A Abdullah no le quedó otra que admitir que la alfombra sí parecía flotar sin valerse de ninguna clase de soporte que pudiera detectar.

—¡Casi! —respondió a voces—. La siguiente parte de la demostración consiste en que te bajes y yo me suba a la alfombra.

El hombre frunció el ceño.

—¿Por qué motivo? ¿Qué pueden ofrecer tus otros sentidos a la evidencia de la vista, oh dragón de la incertidumbre?

—¿Podría ser una alfombra de un solo hombre —chilló Abdullah—, al igual que algunos perros lo son! —El perro de Jamal seguía rugiendo fuera, por lo que era natural planteárselo. Ese animal mordía a todo el que lo tocaba, excepto a Jamal.

El extraño suspiró.

—Abajo —dijo, y la alfombra descendió poco a poco al suelo. Luego se quitó de encima y le indicó con una inclinación que se acercara—. Es tuya para que la pruebes, oh jeque de la perspicacia.

Con un entusiasmo considerable, Abdullah se situó sobre la alfombra.

—Sube medio metro —le ordenó, o más bien le gritó. A juzgar por el ruido, la guardia de la ciudad había llegado ya al tenderete de Jamal. Hacía sonar sus armas y exigía explicaciones sobre lo ocurrido.

Y la alfombra obedeció a Abdullah. Se elevó medio metro en un movimiento fluido que le dio un vuelco al estómago. Él se sentó con bastante premura. La alfombra era perfectamente cómoda para acomodarse encima, como una hamaca muy tensa.

—Este cerebro, por desgracia lento, empieza a estar convencido —le confesó al extraño—. ¿Cuál has dicho que era el precio, oh parangón de la generosidad? ¿Doscientas monedas de plata?

—Quinientas monedas de *oro* —repuso este—. Dile a la alfombra que descienda y discutiremos el asunto.

—Baja y aterriza en el suelo —le pidió Abdullah a la alfombra, y así lo hizo, lo que eliminó la duda algo insidiosa que quedaba en su mente sobre que el hombre podía haber añadido algo más cuando Abdullah puso el pie encima, algo que hubiera acallado el estruendo de fuera. Se levantó de un salto y comenzó la negociación—. Todo lo que contiene mi monedero es ciento cincuenta monedas de oro —explicó—, y eso cuando lo sacudo y palpo las costuras.

—Entonces debes sacar tu otro monedero o incluso palpar debajo del colchón —dijo el extraño—, pues el límite de mi generosidad es cuatrocientas noventa y cinco monedas de oro, y no la vendería de no ser por una necesidad imperiosa.

—Podría sacar otras cuarenta y cinco de la suela de mi zapato izquierdo —dijo Abdullah—. Las reservo para emergencias y son, por desgracia, cuanto me queda.

—Examina tu zapato derecho —contestó el hombre—. Cuatrocientas cincuenta.

Y así sucesivamente. Una hora después, el extraño salió del puesto con doscientas diez monedas de oro y dejó a Abdullah convertido en el regocijado dueño de lo que parecía ser una verdadera —si bien deshinchada— alfombra mágica. Seguía algo suspicaz. No creía que nadie, ni siquiera un nómada del desierto con pocas necesidades, fuera a separarse de una auténtica alfombra voladora —aunque casi enteramente raída— por menos de cuatrocientas monedas de oro. Era demasiado útil; mejor que un camello, porque no necesitaba alimentarse, y un buen camello costaba por lo menos cuatrocientas cincuenta monedas de oro.

Ahí tenía que haber alguna pega. Y Abdullah pensó en un truco del que había oído hablar. Solía utilizarse con caballos o perros. Un hombre se presentaba y le vendía a un granjero o cazador confiado un animal soberbio por una suma asombrosamente pequeña con el pretexto de que era lo único que le separaba de la inanición. El regocijado granjero (o cazador) metía el caballo en un establo (o el perro en una caseta) para que pasase ahí la noche. A la mañana siguiente, había desaparecido, tras haber sido entrenado para soltarse el ronzal (o el collar) y retornar con su dueño durante la noche. A Abdullah le pareció que una alfombra obediente podía entrenarse para hacer lo mismo. En consecuencia, antes de salir del puesto, la envolvió con mucho cuidado en torno a uno de los postes que sostenían el techo y la amarró ahí dando vueltas y más vueltas, con una bobina entera de cordel, que luego ató a una de las estacas que cimentaban la pared.

—Creo que te costará bastante escapar de eso —le dijo, y salió a averiguar qué había pasado en el tenderete de comida.

Este se hallaba ahora en silencio y ordenado. Jamal estaba sentado tras la barra, abrazando con tristeza a su perro.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

—Unos ladronzuelos han volcado todos mis calamares —murmuró Jamal—. ¡Mis existencias del día tiradas al suelo, perdidas, desaprovechadas!

Abdullah estaba tan satisfecho con su trato que le dio a Jamal dos monedas de plata para que comprase más calamares. Jamal derramó lágrimas de gratitud y lo abrazó. Su perro no sólo no le mordió, sino que le lamió la mano. Abdullah sonrió. La vida le trataba bien.

Mientras el perro custodiaba su puesto, se fue silbando en busca de algo bueno para cenar.

Cuando el ocaso había teñido de rojo el cielo tras las cúpulas y los minaretes de Zanzib, Abdullah volvió, todavía silbando, rebosante de planes para vender la alfombra al mismísimo sultán por un precio muy alto. Encontró la alfombra justo donde la había dejado. ¿Y no sería mejor acudir al gran visir, se preguntó mientras se lavaba, y sugerirle que tal vez desearía presentársela él como regalo al sultán? De ese modo podría pedir todavía más dinero. Al pensar en lo valiosa que por tanto era la alfombra, la historia del caballo entrenado para soltarse de su ronzal empezó a molestarle de nuevo. Mientras se ponía el camisón, comenzó a imaginársela liberándose. Era vieja y flexible. Lo más probable era que estuviese muy bien entrenada. Seguro que podía escabullirse del cordel. Y aunque no fuera así, sabía que la idea le mantendría en vela toda la noche.

Al final cortó con cuidado el cordel y desplegó la alfombra sobre la pila de sus tapetes más valiosos, que siempre le servía de cama. Luego se puso el gorro de dormir —algo necesario, puesto que del desierto soplaban ráfagas frías que llenaban el puesto de corrientes—, se cubrió con una manta, apagó la lámpara de un soplido y se durmió.



Capítulo 2

En el que confunden a Abdullah con una joven

Cuando despertó, estaba en un terraplén, con la alfombra todavía debajo de él, en el jardín más hermoso que pudiera haber imaginado.

A Abdullah no le cupo duda de que aquello era un sueño. Ahí tenía el jardín que había estado intentando imaginarse cuando el extraño lo interrumpió de un modo tan desagradable. La luna estaba casi llena y destacaba en lo alto del cielo, irradiando una luz tan blanca como la pintura sobre el centenar de florecillas que perfumaban la hierba a su alrededor. De los árboles colgaban lámparas amarillas y curvas que dispersaban las sombras oscuras y opacas de la luna. A Abdullah la idea le pareció muy agradable. Entre las dos luces, blanca y amarilla, atisbó una arcada de plantas trepadoras apoyadas en unas elegantes columnas, más allá del prado en el que él se encontraba; y de algún sitio pasado ese, fuera de la vista, provenía el sonido del agua fluyendo en calma.

Era tan refrescante y tan paradisiaco que Abdullah se levantó y fue a buscar el agua oculta, deambulando bajo la arcada, donde las flores estrelladas le rozaron la cara, enteramente blancas y silenciosas a la luz de la luna, y unas flores acampanadas despedían la más embriagadora y dulce de las esencias. Como uno hace en sueños, por aquí Abdullah toqueteó una azucena cerosa y por allá se desvió con delicia hasta una floresta de rosas pálidas. Nunca, ni por asomo, había tenido un sueño así de bonito.

El agua, cuando la encontró más allá de unos grandes arbustos similares a helechos que goteaban rocío, era una simple fuente de mármol en otro prado, iluminada por lámparas ubicadas en plantas que convertían las ondas acuáticas en increíbles medialunas de oro y plata. Abdullah caminó hacia allí cautivado.

Sólo faltaba un detalle para completar su embeleso y, como en los mejores sueños, allí estaba. Una joven preciosa fue a su encuentro atravesando el prado, pisando suavemente la hierba húmeda con los pies descalzos. Las prendas vaporosas que flotaban a su alrededor revelaban que su cuerpo era esbelto pero no flaco, justo como la princesa de las ensoñaciones de Abdullah. Cuando llegó a su altura, vio que su cara no tenía la perfecta forma oval que sí debería haber tenido la princesa de sus sueños, y tampoco sus grandes ojos oscuros se veían húmedos en absoluto. De hecho, examinaron su rostro con intensidad y un evidente interés. Abdullah se amoldó enseguida al sueño, porque sin duda era muy hermosa. Y cuando habló, su voz era todo lo que hubiera podido desear: tan suave y alegre como el agua de la fuente, y también la voz de una persona segura de sí misma.

—¿Eres del servicio?

La gente siempre preguntaba cosas extrañas en los sueños, pensó Abdullah.

—No, obra maestra de mi imaginación —dijo—. Has de saber que soy el hijo perdido de un príncipe lejano.

—Oh —contestó ella—, eso cambia las cosas. ¿Significa eso que como mujer eres distinta a mí?

Abdullah miró a la chica de sus sueños con cierta perplejidad.

—¡Yo no soy una mujer! —exclamó.

—¿Estás segura? Llevas puesto un vestido.

Abdullah bajó la vista y descubrió que, como sucede en los sueños, iba con su camisón.

—Esto es sólo un peculiar traje extranjero —se apresuró a responder—. Mi verdadero país está lejos de aquí. Te aseguro que soy un hombre.

—Oh, no —dijo ella con firmeza—. No puedes ser un hombre. No tienes la forma correcta. Los hombres son el doble de gruesos que tú por todas partes y sus estómagos sobresalen en una parte gorda que se llama «barriga». Y tienen las caras cubiertas de pelo gris y nada más que piel brillante en la cabeza. Tú tienes pelo en la cabeza, como yo, y casi nada en la cara. —Entonces, mientras Abdullah se llevaba la mano con bastante indignación a los seis pelos sobre su labio superior, inquirió—: ¿O es que tienes la piel desnuda bajo el sombrero?

—Desde luego que no —replicó Abdullah, que estaba orgulloso de su pelo espeso y ondulado. Puso la mano en su cabeza y se quitó lo que resultó ser su gorro de dormir—. Mira.

—Ah. —Su encantador rostro reflejaba desconcierto—. Tu pelo es casi tan bonito como el mío. No lo entiendo.

—No estoy seguro de hacerlo yo tampoco. ¿No será que no has visto a muchos hombres?

—Por supuesto que no —confirmó ella—, no digas tonterías... ¡Sólo he visto a mi padre! Pero lo he visto mucho, así que eso lo sé.

—Pero... ¿es que nunca vas al exterior? —le preguntó Abdullah con impotencia.

Ella se echó a reír.

—Sí, ahora estoy fuera. Este es mi jardín nocturno. Mi padre lo mandó construir para que no arruinara mi aspecto saliendo bajo el sol.

—Me refiero a fuera, por la ciudad, para ver a la gente —explicó él.

—Bueno, no, todavía no —admitió. Como si eso le molestara un poco, se dio la vuelta y fue a sentarse en el borde de la fuente. Allí se giró para mirarlo y añadió—: Mi padre dice que puede que salga y vea la ciudad alguna vez después de que me case, si mi marido me lo permite... Pero no será esta ciudad. Mi padre está haciendo los preparativos para concertarme matrimonio con un príncipe de Ochinstan. Hasta entonces tengo que quedarme entre estos muros, por supuesto.

Abdullah había oído que algunos de los más ricos de Zanzib mantenían encerradas a sus hijas —e incluso a sus esposas—, casi como prisioneras dentro de sus majestuosas casas. Con frecuencia había deseado que alguien mantuviera así a la hermana de la primera mujer de su padre, Fatima. Pero ahora, en este sueño, le

pareció que tal costumbre era absolutamente irracional e injusta con esa encantadora joven. ¡Mira que no saber ni qué aspecto tenía un joven corriente!

—Perdona que te lo pregunte, pero ¿es posible que el príncipe de Ochinstan sea viejo y un poquito feo? —inquirió.

—Bueno —contestó ella, evidentemente no muy segura—, mi padre dice que está en la flor de la vida, al igual que él. Pero creo que el problema reside en la naturaleza brutal de los hombres. Si otro hombre me viera antes que el príncipe, mi padre dice que se enamoraría de mí al instante y me secuestraría, lo que arruinaría todos sus planes, desde luego. Dice que la mayoría de los hombres son grandes bestias. ¿Tú eres una bestia?

—En absoluto.

—Eso pensaba —admitió ella, y lo miró con mucha preocupación—. A mí no me pareces una bestia. Eso me lleva a estar bastante segura de que no puedes ser un hombre. —Obviamente, era una de esas personas aficionadas a aferrarse a una teoría en cuanto la habían elaborado. Tras sopesarlo por un momento, dijo—: ¿Es posible que tu familia, por motivos ajenos a nosotros, te haya inducido a creer una mentira?

A Abdullah le hubiera gustado responderle que en ese aspecto estaba invirtiendo los papeles, pero, como le daba la impresión de que aquello sería descortés, se limitó a sacudir la cabeza y a pensar en lo generoso que era por su parte preocuparse tanto por él y en cómo la preocupación embellecía su rostro, por no hablar del brillo compasivo que destellaba en sus ojos bajo la luz dorada y plateada que reflejaba la fuente.

—Tal vez tenga algo que ver con que seas de un país lejano —comentó, y dio unos golpecitos en el borde de la fuente a su lado—. Siéntate y cuéntame todo.

—Primero dime tu nombre —le pidió Abdullah.

—Es un nombre un poco absurdo —dijo ella con nerviosismo—. Me llaman Flor-en-la-Noche.

Era el nombre perfecto para la chica de sus sueños, pensó Abdullah. La contempló con admiración.

—Yo me llamo Abdullah.

—¡Incluso te han puesto un nombre masculino! —exclamó Flor-en-la-Noche, indignada—. Siéntate y cuéntame.

Abdullah tomó asiento en el bordillo de mármol junto a ella y pensó que ese sueño era muy real. La piedra estaba fría. Las gotas que salpicaban de la fuente le humedecieron el camión, mientras que el dulce olor a agua de rosas que desprendía Flor-en-la-Noche se entremezcló de una manera muy realista con los aromas de las flores del jardín. Pero, puesto que aquello era un sueño, se deducía que allí sus ensoñaciones también eran ciertas. Por tanto, Abdullah le habló del palacio en el que había residido como príncipe, de cómo lo había secuestrado Kabul Aqba y de su huida por el desierto, donde lo encontró el mercader de alfombras.

Flor-en-la-Noche lo escuchó con absoluta compasión.

—¡Qué espanto! ¡Qué agotador todo! —declaró—. ¿Y no cabría la posibilidad de que el hombre que te acogió estuviera compinchado con los bandidos para embaucarte?

Abdullah tenía una sensación cada vez mayor de que, pese a que sólo era un sueño, estaba ganándose su simpatía con engaños.

Se mostró de acuerdo en que su padre podría haberse hallado al servicio de Kabul Aqba y entonces cambió de tema:

—Pero volvamos a tu padre y sus planes. Me parece un tanto inconveniente que debas casarte con ese príncipe de Ochinstan sin haber visto antes a ningún otro hombre con el que compararlo. ¿Cómo vas a saber si lo quieres o no?

—Tienes razón —convino ella—. Eso también me preocupa a veces.

—Entonces te propongo algo: ¿y si mañana vuelvo por la noche y te traigo todos los retratos de hombres que encuentre? Eso debería darte una base con la que comparar al príncipe. —Ya fuera un sueño o no, a Abdullah no le cabía la menor duda de que iba a volver al día siguiente. Eso le daba un pretexto adecuado.

Flor-en-la-Noche consideró la oferta, balanceándose dubitativa adelante y atrás con las manos apretadas en torno a sus rodillas. Abdullah casi podía ver las hileras de hombres gordos, calvos y de barba gris que desfilaban por su mente.

—Te aseguro —añadió— que los hombres tienen todo tipo de tamaños y formas diferentes.

—En tal caso, eso sería muy instructivo —accedió ella—. Al menos me daría una excusa para verte de nuevo. Eres una de las personas más agradables que he conocido.

Eso hizo que Abdullah estuviera todavía más decidido a volver al día siguiente. Sería injusto, pensó, dejarla sometida a semejante estado de ignorancia.

—Y yo opino lo mismo de ti —le dijo con timidez.

En ese momento, para su decepción, Flor-en-la-Noche se puso en pie para marcharse.

—Tengo que entrar ya —explicó—. Una primera visita no debe durar más de media hora, y estoy casi segura de que llevas aquí el doble de eso. Pero, ahora que nos conocemos, puedes quedarte por lo menos dos horas la próxima vez.

—Gracias. Así lo haré —contestó Abdullah.

Ella sonrió y se retiró como un sueño, más allá de la fuente y por detrás de dos densos arbustos floridos.

Tras aquello, el jardín, la luz de la luna y las fragancias se volvieron bastante tediosos. A Abdullah no se le ocurrió nada mejor que hacer que caminar hacia el lugar por donde había venido. Y allí, en el terraplén iluminado por la luna, encontró la alfombra. Se había olvidado de ella por completo. No obstante, ya que estaba también en el sueño, se recostó encima y se quedó dormido.

Despertó unas horas después con la deslumbrante luz del sol colándose por las rendijas del puesto. El olor del incienso de dos días atrás, que seguía flotando en el aire, ahora le pareció vulgar y sofocante. De hecho, el puesto entero se le antojó rancio, viciado y vulgar. Y le dolían los oídos porque el gorro se le debía de haber caído mientras dormía. Pero por lo menos, como descubrió mientras lo buscaba, la alfombra no había escapado durante la noche. Seguía debajo de él. Eso era lo único bueno que veía en la que de pronto le pareció una vida totalmente aburrida y deprimente.

En ese instante, Jamal, que seguía agradecido por las dos monedas de plata, le gritó desde fuera que había preparado el desayuno para los dos. Abdullah descorrió de buena gana las cortinas

del puesto. Los gallos cantaban a lo lejos. El cielo estaba de un azul resplandeciente y los rayos de intensa luz solar hendieron las partículas de polvo azulado e incienso viejo que llenaban el puesto. Aun con esa luz tan fuerte, Abdullah no atinó a encontrar su gorro de dormir. Y se sentía más desanimado que nunca.

—Dime, ¿alguna vez has tenido días en los que te sientes extrañamente triste? —le preguntó a Jamal mientras ambos se sentaban fuera con las piernas cruzadas para comer bajo el sol.

Jamal le dio cariñosamente un trocito de hojaldre azucarado a su perro.

—Hoy hubiera estado triste de no ser por ti. Creo que alguien pagó a esos condenados críos para que me robaran. Fueron muy insistentes. Y, para colmo, la guardia me multó. ¿Te lo había dicho? Creo que tengo algún enemigo, amigo mío.

Aunque eso confirmaba sus sospechas sobre el extraño que le había vendido la alfombra, no era de mucha ayuda.

—Tal vez deberías tener más cuidado de a quién dejas que muerda tu perro.

—¡No! —objetó Jamal—. Soy partidario del libre albedrío. Si mi perro elige odiar a toda la raza humana, exceptuándome a mí, debe tener la libertad de hacerlo.

Tras el desayuno, Abdullah volvió a buscar su gorro de dormir. Pero no estaba allí. Trató de pensar con detenimiento en la última vez que recordaba habérselo puesto. Eso fue cuando se acostó por la noche, cuando estaba pensando en llevarle la alfombra al gran visir. Después llegó el sueño. Allí se había dado cuenta de que iba con el gorro. Recordaba habérselo quitado para demostrarle a Flor-

en-la-Noche (¡qué nombre tan encantador!) que no estaba calvo. A partir de ese momento, por lo que recordaba, lo había llevado en la mano hasta que se sentó a su lado en el borde de la fuente. Después, al rememorar la historia de su secuestro a manos de Kabul Aqba, recordaba con claridad haber agitado las manos vacías mientras hablaba y supo que el gorro no había estado en ellas. Las cosas desaparecían así en los sueños, como ya sabía, pero las pruebas apuntaban, en cualquier caso, a que lo había dejado caer al sentarse. ¿Era posible que se hubiera quedado en el césped junto a la fuente? De ser así...

Abdullah se quedó petrificado en el centro del puesto, escrutando los rayos de sol que, curiosamente, ya no parecían llenos de sucias motas de polvo e incienso viejo. En cambio, eran rodajas de oro cortadas del mismísimo cielo.

—¡No era un sueño! —exclamó. Por alguna razón, su melancolía se había desvanecido de golpe—. ¡Era real!

Fue hasta la alfombra mágica, que observó pensativo. Ella también había estado en el sueño. En tal caso...

—... interpreto que me transportaste al jardín de algún hombre rico mientras dormía —le dijo—. A lo mejor hablé y te ordené en sueños que lo hicieras. Es muy probable. Estaba pensando en jardines. ¡Eres todavía más valiosa de lo que suponía!

SIGUE LEYENDO

EL CASTILLO EN EL AIRE



ISBN: 978-84-16858-79-8 | PVP: 15,00 € | A la venta: 19-11-2018

«Diana Wynne Jones es, sencillamente, la mejor escritora de libros de magia para lectores de todas las edades».

NEIL GAIMAN

 **NOCTURNA**
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com